

# La visita pastoral

## Herencia luminosa del Obispo Jacinto Vera

---

*Miguel Ángel Ulfe Villaamil<sup>1</sup>*

Estimado lector:

Cuando ingresas a la Catedral de Montevideo, enseguida, a la derecha, verás un imponente monumento compuesto en mármol blanco. Allí reposan los restos mortales del primer obispo de Montevideo. Las leyendas que lucen al frente y laterales del mausoleo, estampadas en latín,<sup>2</sup> te dirán quién fue Jacinto Vera.

---

1 El autor es Licenciado en Teología, especialización en Cristología, por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Fue profesor en el ITUMS, en los años 1977-1996 de Cristología y Mariología. Lo mismo en Mater desde 1980. [mauv47@vera.com.uy](mailto:mauv47@vera.com.uy)

2 Inscripción frontal: A Jacinto Vera Primer Obispo de Montevideo Nacido el 3 de julio de 1813, Arrebatado por la muerte en medio de su labor apostólica el 6 de mayo de 1881: Todo el Pueblo, agradecido por su ministerio y movido por alma tan admirable, Le dedica este monumento al querido Pontífice como un trofeo de amor eterno, el año 1883. Aquí descansan sus huesos y cenizas. Orad por él.

Inscripción izquierda: Brilló ante los hombres por la santidad de su vida, la caridad, modestia, celo pastoral. Pobre para sí mismo; generoso con los necesitados. Consuelo de los que sufren. A todos, aún los más lejanos, los atrajo a su amor. Vigilante custodió de todos, Fuerte en el trabajo como los Apóstoles, Cuidó con constancia y piedad de guardar al pueblo en la religión cristiana Y de formar al clero.

Inscripción derecha: A ningún ciudadano homenajearon así las demostraciones del pueblo unido en un solo corazón: Toda la ciudad, la Nación entera se unieron en solemne y amargo luto. Y celebraron con dignas alabanzas su nombre, sus virtudes y sus méritos. Él mismo se erigió en el corazón del pueblo un monumento más duradero que el bronce. Tomado de: *Carta al Clero del Uruguay* del Pbro. Alberto Sanguinetti Montero, Vice Postulador de la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios, Mons. Jacinto Vera, Montevideo 6 de febrero de 2006.

Contempla su imagen. Puesto de rodillas, con una pequeña inclinación de cabeza, las manos juntas, está en oración ante Dios. También parece que te mira. Puedes estar seguro que te escucha e intercede por ti.

Ora con devoción. Él fue bondadoso sacerdote, conocedor de lo que sucede en el corazón de grandes y pequeños. Monseñor Jacinto Vera, sabio y prudente en las cosas de Dios y en los asuntos humanos, repite las palabras de Jesús dirigidas al Padre, encomendando a los discípulos, muy poco antes de su Pasión:

Padre, esta es la vida eterna: que te conozcan a ti único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo. He manifestado tu Nombre a los hombres que me diste, tomándolos del mundo. Eran tuyos y tú me los distes y ellos han guardado tu Palabra. Ahora reconocen que todo aquello que me has dado viene de ti, porque yo les he comunicado las palabras que me diste y han conocido verdaderamente que yo salí de ti y han creído que tú me has enviado. .. Ellos se quedan en el mundo, mientras yo vuelvo a ti. Padre Santo, guárdalos en ese Nombre tuyo que a mí me diste, para que sean uno como nosotros (Juan 17,1-8.11).

Frente al monumento donde reposan sus restos mortales estuvo su confesionario. Fue generoso con su tiempo, ofreciéndolo en la escucha de los fieles, dando su consuelo y consejo y con ellos, el perdón de Dios.

Quienes lo trataron, sus inmediatos colaboradores, amigos y fieles que lo conocieron, han dejado vivos testimonios de respetuoso amor al “servidor bueno y fiel a quien su señor puso al frente de sus servidores” (Lucas 12,42) para ser su pastor; testimonios, que recogidos a lo largo de muchos años, permiten hoy apreciar la fisonomía de un buen sacerdote, querido y respetado por todos, que vivió entre los años 1813 y 1881, en un convulsionado siglo XIX, en Uruguay.

Jacinto Vera fue sacerdote en asidua oración y meditación de la Palabra de Dios. Lo que contemplaba el ellas sabía entregarlo con amor a los pobres. Llegó a desprenderse de sus escasos bienes para atenderlos en sus miserias.

Con solicitud de padre, procuró la formación del clero oriental y el surgimiento de nuevas vocaciones. Apenas creada la Diócesis de Montevideo puso inmediatamente en marcha la construcción del Seminario.

Como cristiano vivió en grado sumo y heroico las virtudes cristianas mostrando la riqueza de las fuentes donde se nutría su alma sacerdotal y un peculiar carisma de caridad pastoral imposible de olvidar.

En su estilo de vida, austero y humilde, nunca olvidó su origen rural y campesino; vida de trabajo y de fe compartida en el hogar junto a sus padres y hermanos. Aceptó con humilde y constante esfuerzo los duros trabajos del campo.

Con sus escasos ahorros pudo iniciar su formación y estudios para ser sacerdote. En los años de su juventud no cesaban los enfrentamientos civiles y militares, con sus miserias y muertes.

Como joven sacerdote primero y luego Párroco en Canelones, asumiendo más tarde el cargo de Vicario Apostólico y años después como primer Obispo de Montevideo, desarrolló un plan de Visitas y Misiones en las poblaciones de campaña, que le permitió llegar hasta los últimos rincones del país, a un territorio y un pueblo que nacía a la vida democrática y republicana, pero carente de servicios y educación cristiana por la falta de clero nativo. Con sus formadores, los padres jesuitas, aprendió a ser misionero, alternando días de estudio y reflexión con el apostolado directo.

Jacinto Vera recorrió tres veces todo el territorio nacional. Se hacía acompañar por sacerdotes y religiosos, con quienes realizaba la Visita pastoral, su principal estrategia para ofrecer la predicación y la enseñanza de la doctrina católica. Escuchaba a las personas y fortalecía la fe vacilante; encendía la piedad en los fieles y los preparaba para la recepción de los sacramentos. Trataba a los párrocos y sacerdotes de campaña con fraterna amistad y comprensión.

En agotadoras jornadas de apostolado, tanto en Montevideo como en las ciudades y poblados del interior del país, se puso al servicio del pueblo oriental. Se alegraba de poder estar cerca de los paisanos en campaña, identificándose con ellos por sus trabajos de antaño y compartiendo las penurias del presente. Para los sencillos pobladores, la presencia del Obispo no sólo fue un acontecimiento memorable, sino la oportunidad de ver y sentir que la Iglesia militante se hacía presente y compartía sus vidas, luchas y esperanzas.

Pero no siempre vivió gratos momentos. Monseñor Vera conoció tempranamente y sufrió en carne propia la cruz dolorosa de la incompreensión, los atropellos a su autoridad y la calumnia de quienes deseaban frenar la enseñanza de la fe, la disciplina eclesial y su magisterio. Veló por la moralidad en las costumbres y combatió la prensa liberal y tendenciosa. Vivió el exilio como dura prueba en su ministerio a favor de su pueblo y de su fe. No claudicó en el hacer valer los derechos de una Iglesia amenazada y perseguida. Supo defender con valor y sabiduría el Magisterio y la autoridad del Papa.

Logró salir airoso de las humillaciones poniendo en práctica la paciencia y la caridad con el clero y las autoridades civiles. En los períodos de guerras civiles salía con ayudas a la campaña para atender a heridos y maltrechos sin preferencias o banderías. Aplicó el óleo del alivio y del perdón evitando que las represalias y

odios dividieran a la sociedad. Puso firmes cimientos para el futuro desarrollo y vitalidad de la Iglesia y la fe católica en el país.

Murió santamente en la actividad preferida: una misión rural junto al cerro Pan de Azúcar. Nació y vivió como peregrino; vivió y murió queriendo en todo hacer la voluntad de Dios; empuñó el arado de la evangelización abriendo surcos para la siembra generosa que Jesucristo y la Iglesia le solicitaron.

Por todo esto y mucho más, si te detienes para rezar junto a su memorial en la Catedral o en otros lugares del país donde se le recuerda, no dejes de implorar a Jesús, el Buen Pastor, por la vida y necesidades de la Iglesia contemporánea. Que el ejemplo y santidad de Monseñor Vera logre finalmente que seamos buenos cristianos y mejores ciudadanos.

En el presente trabajo deseo aportar experiencia y reflexión, vivencias y estudio que me permitieron apreciar, a lo largo de los años, *el estilo de vida sacerdotal* y las *características de su ministerio pastoral*, lo que me he gustado llamar la *herencia luminosa* de Monseñor Jacinto Vera.

En su parte sustancial este trabajo se apoya en la lectura de algunos documentos que ayudan a conocer mejor el “tiempo” y los “espacios” vividos por Jacinto Vera, su resolución de vivirlos en fidelidad a Dios y al pueblo oriental, lo acertado de su respuesta a los llamados “signos de los tiempos”. La Visita Pastoral fue el modo de acercarse al pueblo que se le había confiado desde sus primeros días de sacerdote. Acercarnos ahora al corazón de Jacinto Vera, apreciar sus virtudes y heroicos esfuerzos en el apostolado, es lo que pretendo ofrecer en estas páginas.

Que sea la mejor forma de agradecer al Señor la herencia luminosa del pastor a través de quien quiso santificar a la Iglesia y al pueblo uruguayo.

## 1. Carta del Papa San Juan Pablo II

El 29 de junio de 1999, Solemnidad de San Pedro y San Pablo, el entonces Papa Juan Pablo II ofrecía a la Iglesia una “*Carta sobre la peregrinación a los lugares vinculados con la historia de la salvación*”, y especialmente, “A cuantos se preparan a celebrar la fe en el Jubileo”.

Toda la Iglesia se venía preparando para la celebración del año 2000, y “*ya en el umbral del gran Jubileo, como en vísperas de un viaje, ha llegado el momento de ultimar los preparativos*”. El Papa tenía en su mente y en su corazón realizar personalmente la peregrinación a los santos lugares, a la Tierra Santa. Advertía, desde el comienzo:

El gran jubileo no consiste en una serie de cosas por hacer, sino en vivir una gran experiencia interior. Las iniciativas exteriores sólo tienen sentido en la medida en que son expresiones de un profundo compromiso que nace en el corazón de las personas. He querido llamar la atención de todos precisamente sobre esta dimensión interior, tanto en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* como en la Bula de convocación del jubileo *Inacarnationis mysterium*.

La inminencia del jubileo me sugiere proponer una reflexión, que va unida a mi deseo de hacer personalmente, si Dios quiere, una especial peregrinación jubilar, deteniéndome en algunos lugares particularmente vinculados a la encarnación del Verbo de Dios, que es el acontecimiento al que se refiere directamente el Año Santo del 2000. Por tanto, *mi meditación lleva a los “lugares” de Dios, a aquellos espacios que él ha elegido para poner su “tienda” entre nosotros* (Jn 1,14; cf Ex 14,34-35; 1Re 8,10-13) con el fin de *permitir al ser humano un encuentro más directo con él*. De este modo, completo en cierto sentido la reflexión de la *Tertio millennio adveniente*, donde, con el trasfondo de la historia de la salvación, la perspectiva dominante era la relevancia fundamental del “tiempo”. En realidad, *en la concreta actuación del misterio de la Encarnación, la dimensión del “espacio” no es menos importante que la del tiempo*.<sup>3</sup>

Era deseo del Papa que el Jubileo fuera oportunidad de “vivir una gran experiencia interior” y que las iniciativas a llevar a cabo fueran “expresiones de un profundo compromiso que nace en el corazón de las personas”. “Llegar a los lugares de Dios” es hacer posible –dice el Papa–, “permitir al ser humano un encuentro más directo con él”. Su invitación a participar se extendía a la entera humanidad.

Esta Carta de Juan Pablo II, cuyo texto recomendamos leer en su totalidad, nos sugería entonces hacer una invitación a la comunidad donde era Párroco, la Parroquia Nuestra Señora del Carmen del Cordón, y preguntarnos:

1. ¿Podemos también hoy creer que hubo lugares señalados por Dios para mostrar su amor y fidelidad al pueblo oriental, a la Iglesia en el Uruguay (y por su medio a la Iglesia universal)?
2. Que por la libre autoridad de Dios fuera testigo de ese proyecto de amor el primer Obispo de Montevideo, Mons. Jacinto Vera?
3. La vida de Monseñor Vera ¿es modelo de santidad y por lo tanto camino de renovación espiritual, ejemplo de vida, de vocación y misión, por su ardor misionero?

3 El resaltado del texto es nuestro.

La Comunidad Parroquial del Cordón es afortunada por tener, como un santo recuerdo de Jacinto Vera, su corazón, colocado en un pequeño sepulcro, delante del altar mayor del templo. Allí se reseña brevemente la vida de quien fuera el primer Obispo de Montevideo.

En aquellos meses, mitad del año 1999, con un grupo de la comunidad parroquial, preparábamos una peregrinación para celebrar el “Año Compostelano” en España y ganar la Indulgencia Jubilar. A ese “Camino de Santiago” se le agregó, una extensión a Tierra Santa, acompañando el deseo del Papa que también se proponía peregrinar. Para cuantos participamos en esta peregrinación, el documento pontificio nos fue de gran ayuda y provecho, al punto de considerarla “un plano de Ruta”.

Dentro de pocos años se celebrará en la Iglesia un nuevo “Jubileo” universal. El año 2025 no está lejano para que los uruguayos podamos unirnos en acción de gracias, con un “jubileo” particular: la beatificación y canonización de Monseñor Vera, si fuera la voluntad de Dios para ese entonces, para alcanzar abundantes gracias en nuestra Iglesia local.

Sería de inmenso provecho espiritual. Como señalaba San Juan Pablo II:

Dios está igualmente presente en cada rincón de la tierra, de tal modo que todo el mundo puede ser considerado “templo” de su presencia. Sin embargo, esto no impide que, así como el tiempo puede ser acompañado por “kairoi”, momentos especiales de gracia, el espacio pueda estar marcado análogamente por particulares intervenciones salvíficas de Dios.

Por lo demás, esta es una intuición presente en todas las religiones, en las cuales no solamente hay tiempos, sino también lugares sagrados, en donde puede experimentarse el encuentro con lo divino más intensamente de lo que sucede habitualmente en la inmensidad del cosmos.<sup>4</sup>

Las acciones de Dios en nuestro favor se nos ofrecen en tiempos y espacios señalados como señal propicia de su benevolencia; tanto en la vida ordinaria de la Iglesia, como en ocasiones extraordinarias, es decir, en momentos desbordantes de gracia, justicia, perdón y paz para todos.

Es notorio el deseo de muchos católicos de poder visitar lugares destacados de la vida y ministerio de Monseñor Vera. En ellos ha quedado como expresa-

---

4 Juan Pablo II, *Carta sobre la peregrinación a los lugares vinculados con la historia de la salvación*. Vaticano, 29 junio de 1999.

mente afirmado su propósito de bendecir y llevar a Dios a las almas que le fueron confiadas.

La Comisión Pro-Causa de Beatificación del Siervo de Dios Jacinto Vera ha señalado, hace ya varios años, algunos de esos lugares de peregrinación, entre los que se destacan: la Catedral Metropolitana de Montevideo, donde descansan sus restos mortuorios, la Parroquia del Cordón, donde colocaron su corazón, la Catedral de Canelones donde por casi veinte años ejerció su ministerio sacerdotal y la Casa-Museo Jacinto Vera, en la ciudad de Pan de Azúcar, donde falleció el ilustre purpurado uruguayo. También en las Parroquias donde consta en Actas la Visita Pastoral de Mons. Vera, se puede apreciar las observaciones dejadas por el santo pastor y las impresiones recogidas del lugar.

## 2. Relación de la Visita Pastoral de Monseñor Yéregui

El siguiente documento que invito a considerar es el correspondiente a la Visita Pastoral que realizó Mons. Inocencio María Yéregui, segundo obispo de Montevideo, a la localidad de Pan de Azúcar en el año 1883.

Inocencio María Yéregui nació en Montevideo el 28 de julio de 1833. Junto con su hermano Rafael, Manuel Madruga, Esteban de León y otros más, fue uno de los primeros seminaristas que, animados por el Padre Jacinto Vera, asistieron al Colegio fundado por los padres Jesuitas en la localidad de Santa Lucía. Jacinto Vera era cura párroco de Canelones, ciudad cabeza de pueblos, entre los cuales, estaba Santa Lucía (San Juan Bautista).

La Visita de Monseñor Yéregui, registrada en el Libro de Bautismos, cuya copia fiel transcribo, fue redactada dos años después de fallecido Monseñor Vera. Refleja por una parte, el “estilo de las Visitas Pastorales de entonces” y ofrece, por otra parte, mejor que ningún otro escrito, los sentimientos y recuerdos, un testimonio de quien conociera íntimamente al pastor que le antecediera, el Siervo de Dios Jacinto Vera. Dice el texto de la Visita Pastoral:

En la Ayuda de Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores en el distrito de Pan de Azúcar, dependencia de la Parroquia de San Fernando de Maldonado, a los tres días del mes de diciembre del año mil ochocientos ochenta y tres, el Ilmo. y Rmo. Sr. Inocencio María Yéregui, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Obispo de Montevideo, Prelado Doméstico de Su Santidad y continuando su santa y general visita por ante mí el infrascrito Secretario la hizo por primera vez en esta Vice-Parroquia permaneciendo en ella cuatro días desde el treinta de Noviembre próximo pasado hasta el día de la fecha. En esta visita, S.Sría Ilma administró el Santo Sacramento de

la Confirmación y los R.R. P.P. Antonio Dalmau y Sandalio Vocos de la benemérita e ilustre Compañía de Jesús, que habían desempeñado con abnegación y excelente resultado las tres misiones religiosas que S.Sría Ilma. acabara de dar en las Parroquias de Maldonado, San Carlos y Rocha, también dieran a todos los circunvecinos de este distrito un triduo de pláticas y sermones que fue de grande provecho para muchas almas alejadas del servicio del Señor. \_\_\_\_

Al detenerse S.Sría. Ilma. en esta Vice-Parroquia dijo lo hacía con el fin de poner término y dar testimonio de la visita pastoral de más triste recordación para ésta Diócesis, practicada por el Apóstol celoso, el obrero incansable, el fundador del Clero Nacional, el Padre del pobre, el abnegado misionero, el Ilmo y Revmo. Señor Jacinto Vera primer Obispo Diocesano de santa memoria, que siguiendo las huellas de su divino Maestro corrió en pos de los pecadores, visitando dos y tres veces con imponderables sacrificios toda su Diócesis hasta que la muerte del justo le vino a sorprender aquí, en una humilde posada, visitando y misionando esta Vice-Parroquia donde llegó el día veintiocho de Abril de mil ochocientos ochenta y uno y entregó su alma al Criador el día seis de Mayo del mismo año a las tres y cuarto de la mañana, después de recibidos con edificante devoción los Santos Sacramentos, cayendo bajo el peso del trabajo, coronando con gloria los veintidós años que gobernó esta Diócesis, que no dejará de llorar a su primer Obispo Diocesano.” \_\_\_\_

Al practicar S.Sría Ilma su santa visita la hizo en especial de los libros 1º y 2º de Bautizados, 1º de casados y 1º de Finados, y hecho por S.Sría,Ilma el competente examen, reconocimiento de las partidas que en los respectivos libros se anotan, dijo que no había observado error alguno sustancial, pero que sin embargo al visar el libro de Finados sentía hondamente herido su corazón en presencia de la irreparable omisión hecha por el Sr. Pbro. Rao, al inscribir el mes de Mayo de mil ochocientos ochenta y uno, diciendo que no había ocurrido defunción alguna en ese mes, cuando entonces fue que por primera vez esta Diócesis se vio huérfana por el fallecimiento de Monseñor Jacinto Vera; que si era verdad que el cadáver del ilustre finado fue trasladado a Montevideo, debía no obstante hacer constar la defunción de su Prelado en esa circunstancia. S.Sría. Ilma dijo que nada quería notar acerca del aseo del templo, ornamentos y vasos sagrados porque todo estaba en relación con la pobreza de esta Vice-Parroquia. \_\_\_\_ S.Sría. Ilma. dijo quería hacer constar en la presente el empeño desplegado por el Sr. Pbro. D. José Ferri, actual Teniente Cura, para dotar a esta Capilla de unas piezas que sirvan de decente habitación al Capellán, que ha de desempeñar esta Tenencia; eso le honra al Sr. Ferri. \_\_\_\_ S.Sría. Ilma. dijo concluía por recomendar al Sr. Ferri, y a los que le sucedieran en su cargo, la Pila Bautismal, que reclama mayor capacidad; que la Pila ha de bendecirse solemnemente dos veces



al año, el Sábado Santo y el Sábado víspera de Pentecostés, y que hecha, no tenga una piscina que recoja las abluciones de cada bautismo, estas deben ser recogidas en otra vacía para echarlas en la piscina general y nunca deben volver a la Pila. S.Sría. Ilma dijo recomendaba también al Teniente Cura de esta Capilla la explicación del Evangelio todos los Domingos para el pueblo y de la Doctrina cristiana para niños y niñas; y por último S.Sría concluyó alabando el celo del Sr. Ferri por la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. + Inocencio María, Obispo de Montevideo. Por mandato de S.Sría. Ilma y Revma. Nicolás Luquese, Secrtio.<sup>5</sup>

El lector podrá apreciar, ante todo, el valor histórico del texto. Monseñor Yéregui “cierra en Pan de Azúcar la Visita inconclusa de Monseñor Vera” anotando:

- Que aquella visita es “de triste memoria para toda la Diócesis”, porque en el transcurso de la misma falleció el ilustre prelado”.
- Da testimonio de las cualidades humanas y espirituales del: “Apóstol celoso, el obrero incansable, el fundador del Clero Nacional, el Padre del pobre, el abnegado misionero el que... siguiendo las huellas de su divino Maestro, corrió en pos de los pecadores”.
- Pondera el amplísimo recorrido pastoral del Obispo Vera: “visitando dos y tres veces con imponderables sacrificios toda su Diócesis”.
- Confiere valor simbólico al lugar, -espacio y tiempo- del evento: “hasta que la muerte del justo le vino a sorprender aquí, en una humilde posada visitando y misionando esta Vice Parroquia, donde llegó el día veintiocho de Abril de mil ochocientos ochenta y uno y entregó su alma al Criador el día seis de Mayo del mismo año a las tres y cuarto de la mañana”.....
- Dignifica el tránsito del ilustre prelado: “después de recibidos con edificante devoción los Santos Sacramentos, cayendo bajo el peso del trabajo, coronando con gloria los veintidós años que gobernó esta Diócesis, que no dejará de llorar a su primer Obispo Diocesano”.

El Obispo de la Visita, ordena dejar registrada: su estancia en el lugar, el estado actual de la Capilla y las mejoras realizadas por el actual Teniente cura. Da cuenta del aseo del Templo, el buen estado de los ornamentos litúrgicos, el cuidado de los Libros de Registros, etc. Pero con la carga emotiva de la circunstancia, incluye un dato curioso, no sin asombro de nuestra parte, cuando lamenta “el olvido” del anterior Teniente Cura:

---

5 *Acta de la visita pastoral a la Vice-Parroquia de Pan de Azúcar realizada por Mons. Inocencio María Yéregui*, diciembre 1883, Libro de Bautismos 2B, fs. 67-70.

... que sentía hondamente herido su corazón en presencia de la irreparable omisión del Sr. Pbro. Rao, pues en el Libro de Finados, al inscribir el mes de Mayo de mil ochocientos ochenta y uno, dice que no había ocurrido defunción alguna en ese mes, cuando fue entonces que por primera vez esta Diócesis se vio huérfana por el fallecimiento de Monseñor Jacinto Vera; que si era verdad que el cadáver del ilustre finado fue trasladado a Montevideo, debía no obstante hacer constar la defunción de su Prelado en esa circunstancia<sup>6</sup>.

¡Sentimiento de orfandad! ¡Qué dura experiencia había vivido la Iglesia con la muerte del Obispo Vera! Dos años después de su ausencia, el aprecio y estima por el difunto pastor aún permanecían vivos. De similar riqueza son las palabras que pronunció el poeta de la patria, Juan Zorrilla de San Martín, cuando exclamó: ¡el santo ha muerto! y lo llamó “padre, maestro, amigo y providencia” al llegar los restos mortales de Monseñor Vera a la Catedral de Montevideo el día 8 de mayo de 1881.

Podríamos agregar de la Oración Fúnebre pronunciada por Monseñor Soler: «Cuanto más conocía las necesidades espirituales de sus hijos, más se esmeraba en remediarlas sin arredrarse por nada. En efecto, no fueron parte para mitigar su celo de infatigable misionero los veranos más ardientes, ni los más crudos inviernos, ni los días tempestuosos, ni los caminos arriesgados, ni los más remotos y apartados lugares».

De la Visita de Mons. Yéregui finalizamos considerando los aspectos sobresalientes señalados de la Vida de Jacinto Vera:

- Su humana condescendencia, cercanía paternal con el pobre, abnegado e incansable obrero, de imponderables sacrificios, pues corre al encuentro de su pueblo, para sanar a la oveja herida por el pecado. Esta es la permanente huella que deja en las Visitas y Misiones realizadas.
- Los rasgos cristológicos del celoso apóstol: semejanza con el divino Maestro, el Buen Pastor, que va en busca de la oveja perdida.
- Su esforzado apostolado: testimonio de fe, que dejando todo de sí mismo, cae bajo el peso y fatigas del ministerio.
- La obra mejor recordada: fundador del clero nacional, el Seminario y el gobierno de la Diócesis en 22 años de servicio: visitando dos y tres veces con imponderables sacrificios toda su Diócesis

- Entregando su espíritu a Dios, (“todo está hecho”), hasta que la muerte del justo le vino a sorprender aquí, en una humilde posada, visitando y misionando.

Estas notas extractadas del documento, son espejo revelador del aprecio humano y sacerdotal, de la idoneidad e integridad de vida cristiana y apostólica de Jacinto Vera hasta el fin de sus días.

### **3. Acta de erección canónica de la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores de Pan de Azúcar**

Monseñor Ricardo Isasa es un obispo poco conocido para los católicos uruguayos. Nació en Montevideo el 7 de febrero de 1847. Un Colegio de Montevideo, en la zona de Villa Dolores, - muy cerca de la Parroquia San Ignacio de Loyola al cuidado de la Compañía de Jesús, - recuerda su nombre.

Isasa fue uno de los primeros seminaristas que Jacinto Vera envió a estudiar a Roma, a la Universidad Gregoriana, como alumno del Pontificio Colegio Pío Latino Americano fundado en 1857. Acompañó, a Jacinto Vera en su viaje a Roma con motivo de la convocatoria para el Concilio Vaticano Iº. (1869-1870). Con él también viajaron Mariano Soler y Norberto Bentancur.

Monseñor Isasa fue Obispo Auxiliar de Montevideo, nombrado poco después que Monseñor Mariano Soler asumiera como tercer Obispo de Montevideo. Fue consagrado obispo Titular de Anemurio el 31 de mayo de 1891. Ante el fallecimiento del Arzobispo Soler (26 de setiembre de 1908), Monseñor Isasa, -que había sido preconizado Obispo de Salto- asume como Administrador Apostólico de Montevideo (1908-1918). Su fallecimiento se produjo en 1929.

Durante su ministerio episcopal, la Capilla de Pan de Azúcar, será erigida Parroquia, el 26 de diciembre de 1913. El Acta de erección canónica, en su parte fundamental, es la que se transcribe:

Considerando que es notorio también que el Pueblo de Pan de Azúcar ha llenado ya una página culminante de nuestra historia religiosa y social con el solo hecho de haber sido ese lugar el elegido por Dios Nuestro Señor para que en él pasara los días de su infancia y fuera mas tarde evidenciada la vocación religiosa del que, con el tiempo, llegó a ser primer Obispo de Montevideo, el ilustre y Santo Prelado monseñor don “Jacinto Vera”. Y que disponiéndolo visiblemente la Divina providencia, también fue en el mismo pueblo de Pan de Azúcar el que tuvo la dolorosa honra de recoger el último suspiro de ese insigne Prelado que, ya en el ocaso de su vida, sin rendirse

ni al peso de su edad, ni a las fatigas de un largo y laborioso apostolado, fue llamado por Dios al goze de la vida eterna, disponiendo premiar allí las grandes virtudes de este su siervo fiel, sabio y prudente que El había constituido Jefe y Pastor de la familia uruguaya. Y considerando finalmente, que con gran regocijo de todo el pueblo uruguayo se celebraron, poco ha, brillantes y entusiastas fiestas religiosas y sociales, conmemorando el feliz centenario del nacimiento de nuestro querido e inolvidable primer Obispo Diocesano, Mr. D. Jacinto Vera; acontecimiento fausto y memorable que puso en evidencia el intenso afecto que conservan aún todos los buenos hijos del Uruguay al que a tan alto grado llevó el honor de la Iglesia Nacional, no solo por la defensa heroica de sus derechos y por la formación de su Clero con la fundación del Seminario, que inició con solo sus pobres recursos, sino por el mérito de sus insignes virtudes, por sus incesantes y repetidas misiones a la campaña, por la prudencia de su gobierno y por el fervoroso celo de su constante apostolado; y, teniendo en cuenta que es ya un deber de la hora presente que se deje memoria imperecedera de todos estos recuerdos y se rinda permanente homenaje de gratitud y de amor al que, por disposición divina fue Apóstol, Maestro y Padre del pueblo uruguayo; vistas la conformidad y súplicas de los Señores Curas Párrocos de Maldonado y San Carlos, y de los vecinos de Pan de Azúcar, etc...<sup>7</sup>

Este documento, enriquece y amplía el anterior de Mons. Yéregui. Como se puede apreciar, la mirada se detiene más en el lugar y momentos en que ha transcurrido la Vida de Jacinto Vera: infancia, juventud, vocación y fin del camino, y las virtudes de su esforzado apostolado. Resumiendo su testimonio:

- Valoración del lugar – El pueblo de Pan de Azúcar “ha llenado ya una página culminante de nuestra historia religiosa y social”.
- Lugar que recuerda los inicios de la vida en el seno familiar, infancia y juventud de Jacinto Vera.
- Lugar “elegido por Dios Nuestro Señor, donde fuera evidenciada la lavocación religiosa del que, con el tiempo, llegó a ser primer Obispo de Montevideo, el ilustre y Santo Prelado monseñor don “Jacinto Vera”.
- Que “disponiéndolo visiblemente la Divina providencia”, también fue el mismo pueblo de Pan de Azúcar el que tuvo “la dolorosa honra de recoger el último suspiro de ese insigne Prelado”

---

<sup>7</sup> *Acta de erección canónica de la Parroquia Nuestra Señora de los Dolores de Pan de Azúcar*, efectuada por Mons. Ricardo Isasa, 26 de diciembre de 1913, Libro de Bautismos 7, fs. 66-70.

- Que, “ya en el ocaso de su vida, sin rendirse ni al peso de su edad, ni a las fatigas de un largo y laborioso apostolado, fue llamado por Dios al goce de la vida eterna”.
- Disponiendo premiar allí “las grandes virtudes de este su siervo fiel, sabio y prudente que El había constituido Jefe y Pastor de la familia uruguaya”.
- Que con gran regocijo de todo el pueblo uruguayo se celebraron, poco ha, brillantes y entusiastas fiestas religiosas y sociales, conmemorando el feliz centenario del nacimiento de nuestro querido e inolvidable primer Obispo Diocesano, Mr. D. Jacinto Vera;
- Acontecimiento fausto y memorable que puso en evidencia el intenso afecto que conservan aún todos los buenos hijos del Uruguay al que a tan alto grado llevó el honor de la Iglesia Nacional.
- No solo por la defensa heroica de sus derechos y por la formación de su Clero con la fundación del Seminario, que inició con solo sus pobres recursos.
- El mérito de sus insignes virtudes, por sus incesantes y repetidas misiones a la campaña, por la prudencia de su gobierno y por el fervoroso celo de su constante apostolado.
- Teniendo en cuenta que es ya un deber de la hora presente que se deje memoria imperecedera de todos estos recuerdos y se rinda permanente homenaje de gratitud y de amor al que, por disposición divina fue Apóstol, Maestro y Padre del pueblo uruguayo.

La Visita Pastoral de Mons. Isasa se realiza en 1913. Acababan de celebrarse los cien años del nacimiento de Jacinto Vera. La población de Pan de Azúcar ha tenido un notable crecimiento y se encuentra en condiciones de no necesitar del tutelaje de otra parroquia para su sostenimiento y desarrollo. Aquella población tiene ya vida propia y está llamada a ser, - dice el Obispo-, dentro de pocos años, centro y cabeza de una región populosa, merced al incremento, cada día mayor, de un ya crecido vecindario.

A las razones que justifican el acto jurídico de creación de la Parroquia, se suma el vivo deseo de una comunidad que recuerda al santo pastor, que en ella entregó el último suspiro de su vida mientras realizaba la Visita Pastoral y Misión.

Monseñor Isasa señala —ochenta y seis años antes— lo que el Papa San Juan Pablo II nos recordaba en la Carta ya presentada: la importancia del lugar y el tiempo donde Dios quiso dejar “una señal de su providencia y amor” y al testigo fiel portador de la bendición con la cual sella “la visita de Dios a su pueblo”:

Y que disponiéndolo visiblemente la Divina Providencia, también fue el mismo pueblo de Pan de Azúcar el que tuvo la dolorosa honra de recoger el último suspiro de ese insigne Prelado que, ya en el ocaso de su vida, sin rendirse ni al peso de su edad, ni a las fatigas de un largo y laborioso apostolado, fue llamado por Dios al goze de la vida eterna, disponiendo premiar allí las grandes virtudes de este su siervo fiel, sabio y prudente, que El había constituido Jefe y Pastor de la familia uruguaya.

Por tres veces, el Obispo Isasa evoca la importancia el “lugar”: ...donde “Dios ha querido manifestar su Providencial amor”. Lugar “donde Jacinto Vera vivió y donde evidenció su vocación; lugar donde murió realizando la misión que se le había encomendado. El texto canónico se convierte en testimonio de la acción de Dios: La comunidad de Pan de Azúcar “dará testimonio de que la Divina Providencia ha querido allí premiar las virtudes de su siervo fiel”.

Por esta serie de “señales y coincidencias” de los textos presentados deseo referirme al propósito del presente trabajo:

1. Al significado histórico-salvífico de *un lugar señalado por Dios* para mostrar su amor y su fidelidad al pueblo oriental, a la Iglesia en el Uruguay y por medio de ésta a la Iglesia universal.
2. A quien fue elegido *por la libre autoridad de Dios para que fuera testigo* de su proyecto de amor, como cristiano fiel, celoso sacerdote y finalmente como primer Obispo del Uruguay.
3. *A la vida de Jacinto Vera modelo de vocación y misión, modelo de santidad* por su incansable ardor misionero.

Precisamente por aquella triple elección: lugar, testigo, santo, por señalar aquel “ha querido allí premiar a su siervo”, muchos conservaron en su memoria y en su corazón las palabras del Siervo de Dios a su llegada al poblado de Pan de Azúcar, el 28 de abril de 1881:

Mucho os agradezco, mis muy queridos hijos, las demostraciones de cariño que me prodigáis. Diría que vosotros tenéis títulos para ser objeto de mi preferencia paternal, si esto pudiera caber en el alma de los padres, con respecto a los hijos. En estas inmediateces me he criado y pasé mi niñez como vosotros; como vosotros he sido campesino, y he trabajado como vosotros trabajáis. Ya podréis, pues, imaginaros *con cuánta satisfacción bendeciré vuestra vida y vuestros trabajos*.<sup>8</sup>

8 José Gabriel González Merlano, *Libre sin licencia y súbdito sin servidumbre. Mons. Jacinto Vera: Hechos y Palabras* (Montevideo: Facultad de Teología del Uruguay, 2022), 20-21. Otros escritos y excelente bibliografía sobre Mons. Jacinto Vera, en pp.185-189. El resaltado del texto es nuestro.

## Bibliografía de referencia

- Acta de la visita pastoral a la Vice-Parroquia de Pan de Azúcar realizada por Mons. Inocencio María Yéregui*, diciembre 1883.
- Acta de erección canónica de la Parroquia Nuestra Señora de los Dolores de Pan de Azúcar*, efectuada por Mons. Ricardo Isasa, 26 de diciembre de 1913, Libro VII de Bautismos, fs. 66-70.
- Carta al Clero del Uruguay* del Pbro. Alberto Sanguinetti Montero, Vice Postulador de la Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios, Mons. Jacinto Vera, Montevideo 6 de febrero de 2006.
- González Merlano, José Gabriel. *Libre sin licencia y súbdito sin servidumbre. Mons. Jacinto Vera: Hechos y Palabras*. Montevideo: Facultad de Teología del Uruguay, 2022.
- Juan Pablo II, *Carta sobre la peregrinación a los lugares vinculados con la historia de la salvación*. Vaticano, 29 de junio de 1999.
- Villegas, Juan José. *Vida de Monseñor Jacinto Vera*. Salto: 1991.